SECCION CUARTA.

Poder que la belleza de Nuestro Señor debe tener sobre nosotros.

I. Poder admirable de la belleza.—II. Ejemplos.—III. Poder que debe tener la de Nuestro Señor.—IV. Bellas palabras de Santa Teresa.

I. La razón y la experiencia están de acuerdo en mostrarnos el poder maravilloso que la belleza ejerce sobre los corazones y sobre los afectos. Por esto los griegos, según lo refiere San Dionisio, (1) le habían dado un nombre que significaba su fuerza para atraer los corazones y llevar tras de sí los afectos. Platón; (2) dice que la belleza es de todos los atractivos el más fuerte y el más dulce, y por esta razón sus discípulos definían el amor, el deseo de la belleza. (3) Xenefonte (4) nota que tres cosas tienen un gran imperio sobre los hombres: la fuerza, la sabiduría y la belleza; pero con esta diferencia, que la fuerza tiene necesidad de trabajo y movimiento, y que se expone frecuentemente á peligros muy grandes para llegar á sus fines; que la sabiduría tiene necesidad de estudios y cuida-

1 De div. Nom. IV.
2 Plato in Phœdro.
3 Marcil Fioin. ad com. Plat. cap. IV.
4 Xenopb. in convivio.

dos para encontrar y disponer sus razones, de elocuencia para presentarlas de una manera victoriosa; mientras que la belleza, sin movimiento alguno, sin algún esfuerzo y sin peligro, aun sin proferir una sola palabra, sino solamente mostrándose, da sus asaltos, gana las batallas, rinde las plazas, obtiene las victorias y lo consigue todo. Por esto el filósofo Carneades (1) la compara á un reino, que no necesita ni soldados, ni máquinas de guerra, para sostener su poder y triunfar de todo. Los antiguos, (2) para hacer comprender la fuerza de la belleza, la representaban bajo la figura de una mujer de completa belleza, teniendo en la mano un ramo de flores y á sus pies un león, una liebre, un pájaro y un pescado, para indicar que ella vencía al fuerte y al débil, al humilde y al soberbío. El león significaba la fuerza; la liebre la debilidad; el pájaro que sube por los aires, el orgullo; el pez, que se pierde en la profundidad de las aguas, la humildad; por tanto la belleza pisa todo y reina por todas partes como soberana.

II. La historia está llena de ejemplos que prueban esta verdad.

La belleza de Raquel hizo trabajar á Jacob día y noche durante catorce años; (3) la de Thamar causó la enfermedad de Amnon; (4) la de Betsabeé triunfó de la santidad de David; (5) la belleza de las mujeres extranjeras inutilizó la sabiduría de

1 Apud. Laertium.
2 Sambuc in Emblem.
3 Gen. XXIX.
4 II. Reg. XIII. 2.
5 II. Reg. XI. 3.

Salomón; (1) y la de Ompala, reina de Lydia, encadenó la fuerza de Hércules. ¿Cuál no fué el poder de la belleza de Santa Catarina sobre el emperador Maximino; la de Santa Inés sobre el hijo del Gobernador de Roma; de Santa Agata sobre Quinciano, que mandaba en Sicilia en lugar del emperador Decio? (2) ¿Qué dulce tiranía no ejercía la belleza de tantas vírgenes sobre el corazón de tantos tiranos bárbaros, quienes después la ejercían tan cruel y sangrienta sobre los cuerpos de ellas? La belleza de Cleopatra bamboleó á todo el imperio romano, é hizo perder sus bienes á Marco-Antonio juntamente con su honor y su vida; (3) la de Elena, hizo revelarse á la Europa y Asia; y prendió la guerra más furiosa entre ellas durante diez años. Los Troyanos, sin duda, temían por el resultado; sin embargo, habiendo visto un día á Elena salir de su palacio, quedaron deslumbrados de su belleza incomparable de tal manera, que no dejaron de decir que la guerra era justa y que era preciso sostenerla. (4) Esto era lo que los Asirios decían del pueblo judío, al ver la belleza maravillosa de la casta Judit. (5) Cuantas niñas de un obscuro nacimiento, reducidas aun á la esclavitud, han sido elevadas al trono por su sola belleza? Ester era una simple niña judía, á quien la desgracia de la guerra había hecho prisionera, pero su belleza

1 Reg. XI.
2 Surius et Ribaden.
3 Plutar in Antonio.
4 Homer. Illiac. III.
5 Quis contemnat populum Hebrœorum, qui tam decoras mulieres habent, ut non pro his meritò pugnare debeamus? Judith, X, 18.

inflamó de tal modo el corazón de Assuero, que la prefirió á todas las damas de su corte, la tomó por su esposa y puso sebre su cabeza la corona de su imperio. (1) La prudente y virtuosa Aspasia era una pobre niña de la Fócide, Grecia, mas ella agradó tanto á Ciro el joven y después á Artaxerjes, á causa de su rara belleza, que la tuvieron sucesivamente por esposa y la elevaron al rango de una alta y poderosa reina, (2)

III. Si estas bellezas han tenido tanto poder sobre los hombres, ¿qué poder no debe tener sobre nosotros la belleza de Nuestro Señor Jesu-Cristo? Mas para comprender mejor esta verdad, notemos que todas las bellezas, cualesquiera que ellas sean, tienen siempre dos defectos que disminuyen mucho el precio que se les da. 1º Por grandes y completas que sean, jamás son perfectas en su especie; al contrario, están siempre acompañadas de imperfecciones, y algunas veces aun de defectos notables en el color, la disposición de partes, en la gracia, el porte ó el lenguaje. Además, estas bellezas son tan inconstantes, tan sujetas á mudanzas, que basta una sola pasión, una enfermedad, para hacerles perder todo su lustre. La vejez y la muerte causan también otros muchos desastres: muy pronto todas esas bellas flores se marchitarán, se secarán y serán reducidas á polvo. 2º Esas bellezas no son jamás otra cosa que una belleza particular, y por consiguiente muy reducida: Raquel no tiene más que la belleza de Raquel, Thamar la de Thamar; y sin embargo, si estas bellezas,

1 Esther. II,
2 Ælian. lib. XIII. variat ab initio.

con todas sus imperfecciones y todos sus defectos han parecido tan grandes y han producido efectos tan maravillosos, ¿qué no hubieran hecho si hubieran estado libres de ellos? Si todas las bellezas, que ha habido desde el principio del mundo, se hubieran reunido en una sola persona, y que esta persona hubiera tenido todo lo que parecía tan agradable á Jacob en Raquel, lo que causaba la enfermedad de Amnón en Thamar, y así de los demás, ¿qué efectos hubiera producido tal belleza? ¿de qué fuegos no hubiera abrasado todos los corazones? ¡Ah! sin duda Jacob hubiera trabajado no solamente catorce años, sino toda su vida por semejante Raquel; Amnón no solamente se hubiera enfermado, sino que hubiera muerto, por semejante Thamar. Juana, hija de Alfonso V, rey de Portugal, fué buscada con solicitud por todos los príncipes de la cristiandad, á causa de su gran belleza y de las perfecciones de su espíritu, tres la pidieron de una manera particular: Luis XI para el delfín Carlos VIII; Maximiliano, archiduque de Austria y después emperador, y Ricardo III, rey de Inglaterra, para sí mismos. (1) Pero ella, elevando más alto sus designios, despreció la alianza de los reyes de la tierra para unirse al Rey del cielo; ella le sacrificó, por un raro y generoso ejemplo, la belleza que de él había recibido, y con el permiso de su padre se hizo religiosa en el convento de Alveiro, de la orden de Santo Domingo, en donde vivió muchos años y murió santamente. Se cuenta que habiendo recibido Luis XI el retrato de esta princesa y viendo tal belleza, se puso de

1 Hilar. de Cost. eloge des femmes illustres.

rodillas para bendecir á Dios, para admirar y alabar al Creador en la belleza de su criatura, y agradecerle la gracia que le había hecho de permitirle ver la imagen de tal obra maestra de sus manos. Ahora bien, si sólo el retrato de esta princesa ha podido mover tan sensiblemente al rey, y hacer una impresión tan profunda en su espíritu, su presencia hubiera sin duda producido efectos más asombrosos é inspirado sentimientos mucho más vivos; y si se hubieran añadido á esta belleza los encantos de todas las que existían entonces, qué fuegos no hubiera encendido! porque estos atractivos hubieran sido mucho más poderosos y su acción hubiera tenido mayor fuerza.

Y sin embargo, todas esas bellezas, por grandes y maravillosas que parezcan, son nada en comparación de un cuerpo glorioso; y si los hombres más apegados á las bellezas corporales, pudieran ver á aquél que está menos elevado en la gloria, muy pronto olvidarían y despreciarían todas las bellezas de la tierra, aun las más extraordinarias, y ya no tendrían en separarse de ellas más pena, que la que se experimenta en apartar la vista de sobre un mosco para fijarla sobre el objeto más bello de la tierra. Si el cuerpo del menor de los bienaventurados produce efectos tan admirables, ¿qué hará el cuerpo de un santo muy eminente en gloria? ¿Qué producirá la vista de la belleza corporal de la Reina de los ángeles y de los hombres, belleza tan grande, tan perfecta, que es imposible que nuestras palabras puedan dar una idea de ella? Y ahora qué podemos decir del cuerpo glorioso del Hijo de Dios, que aventaja tanto en belleza, en gracia, en majestad y en toda suerte de perfeccio-

nes, á todos los cuerpos gloriosos, como el sol excede en luz á los demás astros del firmamento? ¿Qué sentimientos además, no deberá inspirarnos la belleza de su alma santísima, la más perfecta de todas las bellezas criadas, y sobre todo, la belleza infinita de su divinidad! ¡Qué fuegos, qué flamas, dabe encender en nuestros corazones la unión de estas tres primeras, ó más bien, de estas tres únicas bellezas, la belleza del cuerpo, del alma y de la divinidad de Jesu Cristo, delante de la que toda la belleza desaparece y se anonada! Cuando se piensa que una belleza mortal, tan débil, tan inconstante y llena de tantos defectos, tiene un ascendiente tan grande, que los devora y consume, altera su salud, debilita su espíritu; que los hace sufrir mil trabajos, les hace perder las riquezas, les quita el sentimiento de su honor, y, lo que es más deplorable, el de su salvación eterna; que los encanta hasta tal punto, que olvidan todo lo demás por fijar ahí todos sus pensamientos y todos sus afectos! ¿Qué podemos decir, qué debemos pensar, qué debemos hacer, sino condenarnos á nosotros mismos por haber amado tan poco, hasta el presente, la belleza soberana y perfecta del Salvador de nuestras almas, y tomar la resolución de amarlo en lo de adelante con todas nuestras fuerzas? Por tanto, digamos con San Agustín, desengañados como él, y desimpresionados del amor de las criaturas: "Ah! qué tarde os he amado, oh belleza siempre antigua y siempre nueva, cuanto he tardado en amaros! (1) Belleza siempre antigua,

1 Seró te amavi, pulchritudo tam antiqua et tan nova, seró te amavi. Aug. Conf., lib. X. cap. XXVII.

puesto que sois eterna; belleza tan nueva para mí, puesto que he tardado tan largo tiempo en conoceros y en amaros. y que solamente comienzo á tomar la resolución de ello; pero que desde ahora os ame y jamás os deje de amar, que yo sepulte todas las bellezas de la tierra en un olvido eterno, para no tener en lo de adelante sino pensamientos, deseos y afectos para vos solo. Y ciertamente! si hay alguna belleza que pueda mover é inflamar el corazón de los hombres, ¿no es evidente que esta deba ser la de Nuestro Señor Jesu-Cristo? Por ella es por la que debemos tener deseos, ardores, incendios, desfallecimientos y deliquios. Y qué! una criatura miserable destinada á ser presa de la muerte y comida de gusanos, tendrá bastante fuerza para excitar todos estos sentimientos en una alma, porque está cubierta de piel y animado por un pequeño soplo de vida; y el Hijo de Dios, tan noble y tan amable, con todos sus atractivos y todas sus perfecciones infinitas, no podrá derretir el hielo de nuestro corazón! ¡Qué prodigio! "Si el amor de una belleza corporal, decía San Crisóstomo (1) quejándose de este horrible desorden, doma á una alma hasta arrancarla á todo, y privarla de todo, para encadenarla inseparablemente á la persona amada, y hacerla esclava de su tiranía, ¡qué imperio no debe ejercer sobre nosotros el amor de Jesu-Cristo, y con qué dulces cadenas no debe ligarnos este amable Señor, para hacernos para siempre esclavos de su belleza!

Es una cosa tan natural, que los espíritus sabios y los corazones verdaderamente generosos hayan

1 Lib. II, de comp. Cordis, cap. III.

consagrado siempre y consagren aún cada día todo amor y todos sus afectos á esta belleza divina despreciando todo lo demás. *¡Cuán bello sois y lleno de gracia, oh mi muy amado!* (1) exclama la Esposa; es decir, como lo explica San Gregorio de Nysa, (2) después que he conocido vuestra belleza, no he encontrado entre las criaturas que pueda detener á mi corazón; he despreciado como á lodo todo lo que me parecía antes bello y excelente y ahora yo me guardaré bien de creer que una cosa es bella y buena fuera de vos sólo. No estimaré ni los honores, ni las riquezas, ni el poder, ni cuanto hay en el mundo, porque todas estas cosas no tienen sino una apariencia de belleza, y un ligero barniz de belleza, que engañan á aquellos que no ven los objetos sino con los ojos del cuerpo, y que en realidad no son lo que parecen. En cuanto á mí, yo desprecio todas esas bellezas mentirosas; la vuestra arrebata mi corazón y lleva de tal manera mis afectos que no me queda alguno para nadie.

IV. Santa Teresa cuenta á propósito de esto, muchas cosas notables y muy propias para nuestra instrucción: "La indecible belleza de Jesu-Cristo, dice ella, me ha hecho tal impresión, que la tengo siempre presente; y no hay motivo para admirarse de esto, porque, puesto que para esto ha bastado el haberlo visto una sola vez, ¡qué no debe obrar en mi alma la felicidad de haber sido honrada tantas otras veces con un favor tan extremo! Yo sacaba de esto una ventaja maravillosa, porque esto remedió un defecto muy grande que tenía yo, y

1 Ecce tu pulcher es, dilecte mi, et decorus. Cant. I. 15.
2 S. Greg. de Nyss. Hom, 4, in Cant.

que me era muy dañoso; y este es que tan pronto como conocía yo que una persona que estimaba y que amaba, tenía afición por mí, me apegaba de tal manera á eso, que pensaba en ella casi á toda hora; me representaba con gusto las buenas cualidades que notaba en ella, y tenía una gran alegría de hablarle, sin tener en todo esto deseo alguno de ofender á Dios. Mas, después que tuve la felicidad de ver esta belleza suprema de Jesu-Cristo, todo cuanto hay en la tierra me parece tan despreciable en comparación de sus perfecciones infinitas, que nadie me mueve; y si una sola de sus palabras puede dar disgusto de los placeres más grandes de la tierra, cuál debe ser el mío de haber oído tantas palabras salidas de su boca divina! Así, yo no creo posible, á menos que Dios, por castigo de mis pecados, no borrara de mi espíritu este recuerdo, que algo sea capaz de ocuparme de tal suerte, que no me encuentre yo al momento en la libertad de pensar sólo en él. Lo mismo me ha sucedido con algunos de mis confesores, porque, mirando á aquellos que toman cuidado de mi alma, como teniendo, para conmigo, el lugar de Dios, me afecciono extremadamente á ellos; lo que hace que en la convicción que tengo de no aventurar nada, hablándoles con entera franqueza de corazón, no tengo dificultad en darles cuenta de las gracias conque Nuestro Señor me favorece; mas como ellos son eminentes en virtud, el temor que tienen de que me apegue yo demasiado á ellos, aun cuando sea con un afecto santo, los lleva á tratarme duramente. Esto no ha sucedido sino hasta después que les he sido sumisa en extremo; porque, antes, mi afecto por ellos no era tan grande; yo me reía

dentro de mí al ver cómo se habían engañado, y no les decía yo siempre el poco apego que tenía por las criaturas; yo me contentaba con asegurarles, y esto no fué sino en la serie de las comunicaciones que tenía con ellos, que perdieran este temor." (1) Podemos comprender, por estas palabras, lo que puede la belleza de Jesu-Cristo sobre un corazón, y aun cuando no lo hayamos visto, como esta santa, estamos seguros siempre que ella no vió sino una parte de sus perfecciones; porque, como él es cien millones de veces más brillante que el sol, jamás hubiera podido ella contemplar un tan vivo esplendor, una majestad tan grande y perfecciones tan infinitas, si él se hubiera mostrado en toda su belleza. Nosotros podemos aun verlo de una manera mucho más cierta y más perfecta, viéndolo con los ojos de la fe, que nos lo muestra tal cual es él en verdad, y nos enseña que, siendo infinitamente amable, la justicia y el reconocimiento nos hacen un deber de amarlo y de hacer homenaje á su belleza con todos nuestros afectos.

1 Cap. XXXVII de su vida.

SECCION QUINTA.

CONCLUSIÓN DEL CAPÍTULO.

I. Nuestra alma no puede ser bella sino amando á Nuestro Señor.—II. Palabras de la Escritura.

I Mas aun cuando no fuera tan justo el amar á esta soberana belleza, nuestro interés debía llevarnos á ello, puesto que no podemos unirnos á ella si nuestra alma no es bella, y que ella no puede poseer esta belleza sin amarlo. San Agustín explica elegantemente esta verdad, mostrando la diferencia que hay entre la belleza de Dios y la de las criaturas: la una hace bello al hombre que la ama, lo que no puede hacer la otra; en efecto no llega uno á ser más bello amando á una criatura excelentemente bella; sino que quedamos tales cuales somos. "Nuestra alma, dice él, llega á ser abominable por el pecado; amando á Dios, llega á ser bella. ¿Qué amor, cualquiera que sea su fuerza, puede hacer bella á la persona amante? Dios es siempre bello: este Dios siempre bello nos ha amado él primero; nos ha amado cuando el pecado nos había hecho abominables á sus ojos, no para dejarnos en nuestra fealdad y nuestra deformidad, sino para colmarnos de belleza. ¿Cómo podremos conservar esa belleza? Amando siempre á este Dios que es siempre bello, y mientras nuestro amor sea